CONCOURS CENTRALE•SUPÉLEC

Espagnol

MP, MPI, PC, PSI, TSI

4 heures Calculatrice interdite

2026

L'usage de tout système électronique ou informatique est interdit dans cette épreuve.

Rédiger en espagnol et en 500 mots une synthèse des documents proposés, qui devra obligatoirement comporter un titre. Indiquer avec précision, à la fin du travail, le nombre de mots utilisés (titre inclus), un écart de 10 % *en plus ou en moins sera accepté.*

Ce sujet comporte les 4 documents suivants :

- un éditorial paru sur le site d'*ABC*, le 15 décembre 2025 ;
- un article de Daniel R. CARUNCHO, publié sur le site de *La Vanguardia*, le 16 décembre 2025 ;
- un article de Jorge ZEPEDA PATTERSON, publié sur le site d'*El País*, le 17 décembre 2025 ;
- un dessin de Eneko, paru sur le site *20 minutos*, le 2 mai 2014.

L'ordre dans lequel se présentent les documents est arbitraire et ne revêt aucune signification particulière.

ABC

EDITORIAL

Kast y el ejemplo chileno

ABC, 15 de diciembre de 2025.

Elegir un presidente con un pasado pinochetista certifica el agotamiento de la izquierda y es una reivindicación de su transición democrática ante el revisionismo radical que la despreciaba.

La victoria de José Antonio Kast en Chile confirma que la llamada 'marea azul' en Iberoamérica no es un fenómeno aislado ni episódico. Es un giro profundo del electorado hacia el orden, la seguridad y el sentido común, tras años de radicalismo ideológico. Con un 58,16 por ciento de los votos, Kast no solo ha derrotado a la candidata comunista, Jeannette Jara, sino que ha logrado una mayoría histórica: más de siete millones de votos y triunfos en 310 municipios del país frente a los apenas 36 donde se impuso su rival.

Más allá de la contundencia de los datos, lo que distingue a este abogado de 59 años, padre de nueve hijos y hombre profundamente piadoso, es el espíritu con el que ha recibido el triunfo. Lejos de caer en el revanchismo, Kast ha pronunciado un discurso de unidad y responsabilidad. Agradeció la labor de sus adversarios, reconoció el coraje de Jara, elogió a los expresidentes de centroizquierda e incluso rindió homenaje a Sebastián Piñera, con el que disputó con dureza el liderazgo de la derecha. Y como gesto final, renunció al Partido Republicano que fundó para asumir el cargo como presidente de todos los chilenos. Ese gesto es elocuente: en tiempos de polarización, Kast propone derribar muros. En un continente fatigado de populismos, promete institucionalidad. En una región agobiada por la inseguridad y la fragmentación, habla de un "acuerdo nacional", de reconstruir confianzas y gobernar para todos.

Chile siente que vive una emergencia. La economía estancada, la delincuencia desbordada y el hastío ciudadano tras años de convulsión constitucional piden soluciones, no eslóganes. Kast no promete milagros –él mismo lo advirtió con humildad–, pero pide a los chilenos "energía, firmeza, grandeza para unir al país". Su liderazgo se basa en trabajo, austeridad y valores arraigados. Como repitió en su discurso: "Aquí ganó Chile, y ganó la esperanza de vivir sin miedo".

El contraste con España es inevitable. Mientras Pedro Sánchez se aferra a una izquierda radical cada vez más ajena al pulso latinoamericano, los pueblos de la región votan mayoritariamente por otras opciones. Se empeña, además, por confrontar a la derecha con una retórica guerracivilista, levantando muros, rehusando reconocer las victorias del adversario y despreciando a gobiernos legítimos elegidos por millones de personas. Kast, en cambio, ha mostrado que se puede ganar con convicción y gobernar con generosidad.

Además, esta victoria representa el cierre de una larga etapa de revisionismo histórico impulsado por la nueva izquierda radical. El Frente Amplio chileno, al igual que Podemos en España, ha repetido durante años que la transición a la democracia fue un mero arreglo entre élites, el segundo tiempo de las dictaduras. Los votantes han respondido de forma clara: Pinochet, como Franco en España, ya son historia, no quieren refundaciones ni asambleas constituyentes fracasadas, sino progreso dentro de un marco institucional compartido. Kast, al reivindicar a figuras de la transición como Aylwin y Lagos, ha devuelto dig-

nidad a una transición, copiada de la española, que dio estabilidad a Chile durante décadas.

Este viraje no es un accidente. Lo anticipamos en estas páginas cuando advertimos que la 'marea rosa' estaba en retirada. El desafío de Kast ahora es convertir la esperanza en resultados, el respaldo popular en reformas concretas, y la coalición electoral en gobernabilidad duradera. Chile inicia una nueva etapa. Y si lo hace con prudencia, firmeza y vocación de servicio, puede convertirse en un ejemplo para toda la región.

LA VANGUARDIA

ELECCIONES EN EL CONO SUR

La derecha avanza en Latinoamérica

Daniel R. CARUNCHO, periodista, redactor de Internacional de *La Vanguardia*, 16 de diciembre de 2025

El triunfo de Kast confirma un giro conservador en la región propiciado por el descontento.

El cómodo triunfo de José Antonio Kast en las elecciones chilenas certifica una tendencia: la del avance de la derecha en América Latina.

Este mismo año, además de Chile, otros tres países de la región se han decantado por opciones conservadoras en sus comicios presidenciales. En Bolivia, el centroderechista Rodrigo Paz puso fin el pasado noviembre a dos décadas de hegemonía izquierdista del MAS, el partido fundado por Evo Morales. En Ecuador, Daniel Noboa, un defensor de la mano dura en cuestiones como la lucha contra el crimen organizado, reeditó mandato en abril tras derrotar en las urnas por un amplio margen a la correísta Luisa González. Y en Honduras, a falta del escrutinio definitivo tras la votación celebrada el 7 de diciembre, todo apunta a que el empresario Nasry Asfura, apoyado públicamente por Donald Trump, se convertirá en el sucesor de la progresista Xiomara Castro, que ha visto cómo su candidata fracasaba de manera estrepitosa.

Todas estas victorias, sumadas a las protagonizadas en años anteriores por otros dirigentes de signo derechista como Nayib Bukele en El Salvador, Javier Milei en Argentina o Santiago Peña en Paraguay, parecen consolidar un giro reaccionario en la región.

"Por el sur y por el norte vienen los vientos de la muerte", advertía ayer en tono tremendista el presidente de Colombia, Gustavo Petro, en un mensaje en X. De hecho, su país podría ser el próximo en sucumbir a este auge de la derecha: el próximo marzo tendrán lugar las elecciones generales, y aunque hoy los sondeos dan como favorito al izquierdista Iván Cepeda, no se descarta que al final pueda producirse una victoria del bloque conservador si este pone fin a sus divisiones internas.

Perú, gobernado actualmente de forma interina por José Enrique Jerí, también irá a las urnas en el 2026, y ahí el candidato mejor posicionado pertenece a la derecha más radical: Rafael López Aliaga, exalcalde de Lima. Así pues, la marea todavía tiene margen para crecer.

Eso sí, el fenómeno no es novedoso: Latinoamérica es una región habituada a los movimientos pendulares. Si en el 2008 la izquierda era mayoritaria –eran los tiempos de la llamada *marea rosa*–, una década después lo era la derecha, y luego vuelta a empezar.

Estos virajes periódicos evidencian que, más que a una cuestión puramente ideológica, la actual ola derechista responde en gran parte al enfado de una ciudadanía que ve cómo el presidente de turno no satisface sus expectativas.

Así lo cree Lisa Zanotti, investigadora del Instituto de la Democracia de la Universidad Central Europea, con sede en Budapest: "La mayoría de este voto es de rechazo, de castigo al gobernante", dice en conversación con *La Vanguardia* esta analista, quien destaca además la heterogeneidad de la actual marea reaccionaria. "Hay que diferenciar entre los proyectos de la derecha conservadora *mainstream* y la derecha de orientación ultra", explica. Porque no es lo mismo un dirigente de carácter centrista como Rodrigo Paz, que ha llegado al poder haciendo bandera de un "capitalismo para todos", que un radical como Javier Milei, que defiende la demolición del Estado.

La influencia de EE. UU.

Decidido a moldear el continente a su antojo, Trump ha sido un facilitador de este auge derechista.

El politólogo Sergio Morresi, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, añade otro elemento: "En muchos casos, estas victorias de la derecha son de partidos nuevos, creados poco tiempo antes de una elección, sin experiencias previas en la presidencia". Es decir, formaciones que pueden jugar la carta de la regeneración. Música para los oídos de los desencantados con la política tradicional, que son legión en Latinoamérica.

Además, como está sucediendo en Europa, estos nuevos partidos a menudo han contribuido a desplazar el marco del debate político a posiciones más extremistas. "Ahora ganan derechas que son más radicalizadas con respecto a las experiencias anteriores", dice Morresi. "Y parte de la sociedad que venía acompañando las opciones conservadoras está acompañando ese corrimiento. Cosas que no se podían decir antes, como la cuestión de la tenencia de armas, ahora se dicen. El discurso es bastante más fuerte", desgrana el analista.

Asimismo, entre los distintos líderes conservadores de la región se produce un continuo juego de espejos: por ejemplo, el modelo de mano dura que Bukele ha aplicado en El Salvador es reivindicado por otros políticos que han hecho de la seguridad un pilar de su programa, como Noboa o Kast. "Las derechas latinoamericanas son muy solidarias entre ellas, y se imitan constantemente", explica Morresi.

Y otro factor a tener en cuenta es la figura de Donald Trump, que en su regreso a la Casa Blanca ha dejado clara

su intención de hacer y deshacer a su antojo en el patio trasero de EE.UU. El republicano no solo está forzando por la vía militar un cambio de régimen en Venezuela, sino que ha irrumpido en los procesos electorales de Argentina y Honduras, condicionado la ayuda de Washington a estos países a una victoria de la derecha.

"Su papel es decisivo", dice Morresi, que augura unos años complejos para la izquierda latinoamericana: "Se está buscando a sí misma, debatiéndose entre apostar por posiciones más fuertes o por un camino más moderado, que pase por tejer un arco de alianzas amplio. Esa es la cuestión ahora mismo", concluye.

EL PAÍS

COLUMNA

América Latina se derechiza, ¿y México?

Jorge ZEPEDA PATTERSON, escritor y analista político, *El País*, 17 de diciembre de 2025

La fuerza que hoy detenta Sheinbaum sobre el entramado político es superior en el Congreso, Poder Judicial y en los Estados a la que tuvieron la mayoría de los mandatarios derrotados en la región.



Claudia Sheinbaum, presidenta de México, durante una conferencia de prensa. Mario GUZMÁN (*EFE*)

Se asumía que el fantasma del populismo recorría el mundo instalando gobiernos de derecha en Europa y de izquierda en América Latina. En los dos casos se trata de una reacción de amplios grupos sociales crecientemente resentidos por los excesos de la globalización. En el primer mundo, los productores y los ciudadanos afectados resultaron presa fácil del discurso conservador que culpabiliza al exterior (mercancías y migración). Boris Johnson y Donald Trump, en Reino Unido y EE. UU., fueron los primeros de una serie de *outsiders* de la política tradicional, que montados en los miedos y en la inconformidad instalaron, o están en proceso de instalar, gobiernos de conservadurismo nacionalista.

En nuestro subcontinente, marcado por la desigualdad y la injusticia social, la rebelión electoral se dirigió en contra de los candidatos y partidos identificados con los ricos y poderosos. Uno tras otro, la mayor parte de los países latinoamericanos fueron pintándose de rojo. En México, Guatemala, Honduras, Colombia, Chile, Brasil, Argentina, Ecuador, Perú y Bolivia se instalaron gobiernos de izquierda por la vía electoral en un proceso que abarcó casi 15 años.

Populismo de derecha allá, populismo de izquierda acá, parecía tener una lógica. Hasta que dejó de tenerla, aparentemente. En los últimos dos años el rojo se ha venido deslavando a velocidad pasmosa. Este domingo Chile fue el siguiente eslabón de una cadena que pasa por Argentina, Ecuador, Perú, Bolivia y Honduras. Países en donde los ciudadanos han sufragado en favor de candidatos conservadores poniendo fin, al menos por el momento, a las experiencias de gobiernos de izquierda. Persisten en México, Brasil, Colombia y Guatemala; pero en los tres últimos las perspectivas no son favorables de cara a los siguientes comicios. Lo cual nos lleva a dos preguntas: ¿por qué está sucediendo? ¿México es una excepcionalidad o sucederá lo mismo?

Con respecto a lo primero, hace unas semanas, intenté explicar un aparente sinsentido: López Obrador, Lula da Silva, Rafael Correa, Evo Morales, los Kirchner, Gustavo Petro, Gabriel Boric y equivalentes fueron capaces de convertir en votos la insatisfacción de tantos. Una vez en el poder, cada cual con sus propias características, recurrió a una batería de acciones para conseguir una mejor distribución del ingreso y una derrama del gasto público en favor de los pobres. Unos tuvieron más éxito que otros, aunque habría que decir que, en términos políticos, solo Andrés Manuel López Obrador consiguió terminar con mayor popularidad y fuerza de la que inició.

¿Cómo entonces explicar que la mayoría de los votantes hayan comenzado a rechazar a gobiernos populares que les ofrecen u ofrecían una atención que antes no tenían? ¿Por qué acaban votando por candidatos conservadores asociados a políticas públicas favorables a los sectores privilegiados?

La explicación podría ser la mezcla resultante de varios factores. Uno sería "los rendimientos decrecientes" de las políticas públicas populares. Es decir, las primeras acciones tienen un efecto inmediato y lucidor: el reparto de subsidios o pensiones, el aumento de salarios mínimos, el fin de prácticas abusivas. El impulso inicial genera una mejoría en la condición de los pobres. Estadísticamente saca de la miseria a millones de personas. Pero luego surge una especie de bloqueo. Llegado un punto, el Gobierno topa con límites presupuestales para ampliar esas ayudas de manera significativa. Conseguir financiamiento con cargo al endeudamiento o al aumento de impuestos es un paliativo que permite avanzar un poco más, pero provoca efectos económicos desfavorables. Inflación, salida de capitales, depreciación y estancamiento han sido un flagelo recurrente en varios de estos países. Muchos ciudadanos, incluso entre los sectores más pobres, perciben que la derrama se ha estancado y, en cambio, sus condiciones de

vida se deterioraron por la inflación y la falta de empleo digno.

En la mayoría de los casos los gobiernos populares consiguieron mejorar la distribución, pero de un pastel que no creció. En tales circunstancias, el Estado entra en un círculo vicioso desgastante, incapaz de sostener el reparto o consiguiéndolo con costos políticos y financieros cada vez más altos.

Esto se convierte en un combustible para la aparición de candidatos jilgueros y oportunistas capaces de cosechar el miedo, la incertidumbre y las expectativas frustradas.

A propósito de Trump, el articulista David Brooks apuntó en *The New York Times* una serie de razones para explicar el éxito de este discurso populista "inverso", en contra de gobiernos que buscaban el beneficio de las mayorías. Le robaron a la izquierda la rabia y la energía transformadora, afirma Brooks. Son antiglobalizantes, critican a las élites políticas tradicionales, se consideran víctimas del sistema, vienen a contradecir y a cuestionar lo políticamente correcto. Las hordas trumpistas o bolsonaristas que irrumpieron en el Capitolio o en el Palacio de Justicia en Brasilia, bien podrían firmar el lema "al diablo con las instituciones". Todo lo anterior mezclado con el clima estridente y visceral que producen las redes sociales, en parte de manera espontánea y en parte a través de sofisticados procesos financiados por la cartera de sectores conservadores.

Desde luego, cada caso latinoamericano tiene sus propias particularidades. La derecha y la ultraderecha tuvieron un peso mayor o menor en cada caso. Pero en todos juega el descontento arriba mencionado.

¿Puede suceder en México? Claudia Sheinbaum ha rechazado esta posibilidad recordando los altos niveles de popularidad que goza el Gobierno, la disminución de la pobreza que ha conseguido y la unidad de su movimiento. Por lo pronto tiene razón. La popularidad de la 4T [2] es singular, respecto al continente sur, tanto por su nivel como por su consistencia a lo largo de siete años. Adicionalmente, la fuerza que hoy detenta la presidenta sobre el entramado político –Congreso, Poder Judicial, triunfo en los Estados– es superior a la que tuvieron la mayoría de los mandatarios derrotados.

En ese sentido, no existiría un peligro inmediato. Un pronóstico razonable llevaría a pensar que ni siquiera están en severo riesgo las elecciones presidenciales de 2030 porque, incluso en un escenario pesimista, las condiciones no se deteriorarían a tal velocidad. Sin embargo, el futuro plantea incertidumbres. Las dos principales fuentes de inconformidad sobre las que se podría apoyar el conservadurismo son la inseguridad y el malestar económico de las mayorías. Respecto a la criminalidad es altamente probable que la administración de Sheinbaum consiga a finales del sexenio un abatimiento sensible. El segundo punto, en cambio, será un enorme reto. Ampliar el pastel, generar millones de empleos, mejorar notoriamente el poder adquisitivo de la población. Es allí donde fallaron los gobiernos populares del sur. Es allí donde a la larga, se definirá el éxito o el fracaso de la versión mexicana de un Gobierno en favor de las mayorías.

Derecha. Izquierda



Sancho en su isla, Eneko, *20 minutos*, 2 de mayo de 2014.

2. La cuarta transformación.